

JUEVES SANTO - MISA DE LA CENA DEL SEÑOR

Homilía del P. Abad Josep M. Soler

2 de abril de 2015

Ex 12, 1-8.11-14; 1Cor 11, 23-26; Jn 13, 1-15

"Esto es mi cuerpo entregado por vosotros. Este es el cáliz de mi sangre derramada por vosotros" (palabras de la consagración; cf. segunda lectura). Estas palabras, hermanos y hermanas en el Señor, suscitan en nosotros estupor y gratitud. Estupor y gratitud por la grandeza del don que conllevan. Jesucristo mismo, el Señor, entregó su cuerpo y su sangre en el pan y el vino eucarísticos como presencia sacramental de su pasión y de su muerte. Es el don por excelencia que ha recibido la Iglesia. Porque es el don del Señor mismo; el don de su persona en su humanidad santa y en su gloriosa divinidad. Y este don es para ofrecernos su salvación, para liberarnos. Este don continúa a lo largo de los tiempos. Estos momentos que estamos viviendo, en esta tarde del Jueves Santo, reunidos en torno al altar, son momentos de don. Jesucristo, *el Señor y el Maestro*, como decía el Evangelio, se nos da a sí mismo. Lo hace porque nos ama *hasta el extremo*, hasta el fondo del fondo. Lo hace porque quiere servirnos por amor dándonos su vida para fortalecer la nuestra, dándonos su inmortalidad para que podamos superar la muerte.

Ser conscientes de esta realidad nos lleva, como decía, a tener "sentimientos de estupor y de gratitud" (cf. Juan Pablo II, *Ecclesia de Eucharistia*, 10), por la presencia del Señor resucitado y por el fruto transformador que nos ofrece. Celebrando la Eucaristía, no estamos viviendo un recuerdo, aunque sea lleno de fe, sino que entramos en contacto con el sacrificio que Jesucristo ofreció una vez por todas en la cruz y del que nos dejó *el memorial*, como decía San Pablo en la segunda lectura. Y haciendo *el memorial*, el Señor, por obra del Espíritu Santo, se hace presente en nuestra asamblea litúrgica para darnos su gracia y su salvación. La Eucaristía, sin embargo, no sólo hace presente el misterio de la pasión y de la muerte del Salvador, sino también el misterio de su resurrección, que corona su sacrificio en la cruz. La suya, pues, no es una presencia estática, sino una presencia viva, entregada permanentemente a favor de todo el que la acoge. La entrega a nuestro favor que hizo en la cruz continúa en el Sacramento eucarístico y pide nuestra correspondencia. Es como si cada vez que celebramos la Eucaristía, el Señor nos dijera: "Aquí estoy, soy vuestro". Por eso la Eucaristía pide nuestra unión íntima con él para que nos pueda hacer su don. Recibiendo el sacramento del Cuerpo y de la Sangre del Señor, nosotros tenemos participación en su vida divina y en su filiación. La tenemos, esta participación, ya inicialmente en esta vida hasta el día que esta realidad filial se pueda desplegar en la vida futura.

Ante este misterio de amor, nuestra razón humana experimenta toda su limitación. Porque la Eucaristía es un misterio que supera nuestro pensamiento y sólo puede ser acogido en la fe. Por eso el estupor y el agradecimiento por este don nos mueven a adorar el designio y la presencia del Señor con humildad, con compunción y con alegría.

La Eucaristía no es un don individual. Es un don en bien de la comunidad cristiana, para que se haga más sólida la comunión fraterna en el seno de la Iglesia; para que se haga más sólida la conciencia de formar con todos los hermanos en la fe el Cuerpo eclesial de Cristo (cf. 1Cor 10, 17). Y juntos sentimos la responsabilidad de transformar la realidad presente que nos toca vivir, con toda su complejidad y con toda su problemática. Sabemos que toda ella está bajo la mirada amorosa de Jesucristo y

que la salvación se va abriendo paso a través de las cosas de cada día. No podemos pasar por alto nuestros deberes en la ciudad terrena, sabiendo como Dios la envuelve con su amor y quiere servirse de nosotros para que la transformemos, a la luz del Evangelio, haciéndola más humana y más plenamente conforme a su designio de amor y de salvación. En este sentido, la Eucaristía es también un don en bien de la humanidad.

El evangelio del lavatorio de los pies a los discípulos por parte de Jesús, que hemos leído, ilustra bien el sentido de la celebración eucarística. Lavando los pies a los discípulos, Jesús se hace maestro de comunión y de servicio abnegado porque vamos construyendo, con él, una humanidad renovada por su amor. Esto quiere decir, trabajar para eliminar lo que el Papa Francisco llama la cultura del descarte, del marginar a los más débiles, los más pequeños y los más pobres, y también los más ancianos, y a veces incluso a los jóvenes debido a la falta de trabajo. Como signo de nuestro compromiso por seguir a Jesucristo en el servicio a los demás, haremos una colecta la final de la celebración y entregaremos lo que se recoja a "Acción solidaria contra el paro" para ayudar a sus proyectos en favor de la creación de empleo.

En el contexto del Jueves Santo que nos muestra el sacramento de la Eucaristía y el sacramento del hermano, es bueno recordar un texto muy expresivo y muy exigente de san Juan Crisóstomo: "¿Quieres honrar el cuerpo de Cristo? No lo desestimes - dice- cuando se encuentra desnudo. No le des honor aquí en el templo con tejidos de seda, para desestimarlos afuera, donde sufre frío y desnudez. Aquel que ha dicho "esto es mi cuerpo" es el mismo que ha dicho "tenía hambre, y no me disteis de comer" y "todo cuanto hicisteis a uno de estos mis hermanos más pequeños, conmigo lo hicisteis" [...] Comienza saciándolo hambriento, luego con lo que quedará podrás adornar también el altar" (Homilías sobre el Evangelio de Mateo, 50, 3-4).

Ante el don del sacramento eucarístico, debemos reconocer que somos afortunados porque por la fe conocemos las realidades sobrenaturales que escapan a nuestros sentidos. Conocerlas y saber que somos llamados a participar de ellos ahora en esta vida y después de una manera plena en la otra, nos ayuda a trabajar por una sociedad mejor. Nos ayuda a vivir con alegría y con esperanza. Nos ayuda a ser testigos ante nuestros contemporáneos, empezando por servirlos fraternalmente. El lavatorio de pies que ahora efectuaremos quiere ser expresión de este servicio que hay que hemos de prestarnos unos a otros como hermanos.